

el líquido en sólido, las lágrimas de Lupe congeladas, no salieron por sus ojos, sino que una á una cayeron dentro de su pecho.

—Iremos, exclamó irguiendo con altivez la hermosa cabeza. Por intuición inexplicable comprendió que empezaba para ella una lucha terrible; que tenía que salvar á Guillermo de muchos peligros, que era necesario estar cerca de él.

El desayuno terminó; aproximábase la hora en que Guillermo debía estar en el almacén, y se despidió cariñosamente. La voz de Lupe era tranquila; nadie hubiera creído que su alma había librado una tremenda batalla. |

III

Reúnese la flor y nata de la sociedad zacatecana en el salón, ricamente amueblado, de la elegante casa del señor Sifuentes. Este y su hijo van de uno á otro lado, atendiendo á todos con finura y amabilidad. En el corredor óyense afinar los instrumentos, y en el espléndido tocador, contiguo á la sala, varias jóvenes arréglanse los trajes ó los peinados en frente de grandes y biselados espejos,

mientras que algunas de las mamás contemplan satisfechas la hermosura y las galas de sus hijas. Con aquellas está Da. Carmen, luce rico traje de terciopelo negro, que contrasta admirablemente con la plateada cabeza de la bella dama, á quien las canas sientan perfectamente; ciñe su cuello collar de gruesas perlas é irradian los brillantes en sus aretes y pulseras. Aún hay vestigios de juventud en aquel rostro de atractiva suavidad.

Dos jóvenes llaman entre todas la atención general: María Teresa y Lupe. El gallardo y airoso cuerpo de aquélla, yérguese luciendo traje rojo con aplicaciones crema, y por único adorno, en el alto peinado, una cinta de terciopelo negro, prendida con valioso broche de brillantes. La hermosa rubia agita con doñaire el abanico, sostenido por un doble hilo de corales. Lupe viste de blanco, y aquellos ojos negros, de profunda mirada, parecen bañarla de luz: lleva en la cabeza, graciosamente prendido, un blanco crisantemo.

Alfonso, acompañado de Guillermo, acércase en esos momentos á su hermana.

—Te presento, le dice, á uno de mis mejores amigos.

—Tengo mucho gusto en conocerle, contesta la rubia, lanzando una mirada sobre el joven, como diciéndole: somos antiguos conocidos.

—Guillermo Fernández, servidor de usted, señorita.

María Teresa y Guillermo estrecháronse la mano de un modo significativo, y Alfonso y su amigo volvieron luego al salón.

Entre las jóvenes estaba Lola, una señorita chica de cuerpo, de ojos pardos, vivos y penetrantes; inquieta, nerviosa y locuaz; al hablar guiñaba siempre un ojo, y con muchos ademanes daba vivísima expresión á sus palabras; vestía siempre correctamente y jactábase de instruída y perspicaz. Los jóvenes buscaban su compañía, lo que prueba que no carecía de atractivos; su hermana Concha era extremadamente pálida, y aunque de mejores facciones que Lola, no simpatizaba por su carácter maldiciente: un observador hubiera sin dificultad comprendido que el gusano de la envidia roía el corazón de Concha. Ambas habían sido educadas en un colegio de la ciudad de México, y hacía poco tiempo que su padre, D. Leandro Jiménez, se había radicado en Zacatecas.

—Estás hermosísima, dijo Lola á Ma-

ría Teresa, acariciándole las mejillas; y la señorita, añadió, dirigiéndose á Lupe, es la única que puede rivalizar contigo. Son las reinas de la fiesta.

Lupe se sonrió tristemente, y María Teresa, acercándose á Lola, le dijo:

—Mira si no se ha descompuesto mi peinado.

—No, está muy bien.

—¿Te gusta María Teresa?, preguntó una joven á Concha.

—No, es un cromo y nada más.

—A mí me gusta más Lupe.

—A mí ninguna.

En ese instante, la música del señor Antonio de la Rosa lanzó al aire en raudal de armonías, los primeros compases del hermoso vals "Consentida," de Lerdo de Tejada. Lupe y María Teresa, sin saber por qué, se buscaban. No sabían si se simpatizaban, se temían, se envidiaban ó se aborrecían; pero sentíanse atraídas, la una hacia la otra. Cogieronse de la mano y entraron en el salón. La admiración que produjo la presencia de las jóvenes fué intensa. Todos volvieron hacia ellas los ojos, en los de Concha brilló un relámpago de ira y se mordió los labios con desesperación.

María Teresa, al verse admirada, sintió que la sangre circulaba más rápida y

ardiente por sus venas, y latió su corazón al misterioso contacto de inefable delicia. Lupe bajó los ojos avergonzada; creyó de buena fe que aquella admiración era sólo para su hermosa compañera, y una voz murmuró dentro de su alma: con razón la ama Guillermo.

Los jóvenes devoraban con las miradas la angelical partera, y diviértiéndose desde luego en dos bandos: Lupe se llevó las dos terceras partes de los votos.

—María Teresa está fascinadora.

—Lupe atrae y subyuga.

—Aquella es una hermosura dominante.

—Esta el alma purísima de un idilio.

—María Teresa es el tipo de la belleza europea.

—Lupe aduna á la belleza europea la atractiva expresión de la gracia criolla.

—Aquella es un ángel.

—Esta un querubín.

Tales ó semejantes frases oíanse entre el numeroso grupo de los aristocráticos jóvenes.

—Son bonitas, pero no portentos de hermosura.

—Conoci en San Luis Potosí, una señorita incomparablemente más hermosa que ellas.

—Eso dices porque estás en Zacatecas;

dieras lo contrario si estuvieras en San Luis.

—Es mejor la rubia.

—No, es mejor la morena.

—Sobre gustos no hay nada escrito, y á mí no me agrada ninguna de las dos.

—Son dos muñequitas primorosamente ataviadas.

—¡Cuánto vienen á decir los trajes y las galas!

—Y dirán que encargaron las telas á París, y no será remoto que sean de la "Gandalf de Londres" y que haya hecho los trajes una modista de aquí.

—A mí no me parecen muy bien cortados.

—Y si están bien cortados no son de la última moda.

—Si son, ví el último figurín de "La Moda Elegante" y está igual, exactamente igual.

—La rubia es orgullosa.

—La morena hipócrita.

Todas éstas saetas cruzaban por el salón lanzadas por los labios de las guapas que, á su pesar, eran también atraídas por el imán de aquellas bellezas.

Dos jóvenes atravesando ansiosos por entre la concurrencia, corrieron á bañar el primer valls con María Teresa y Lupe. Guillermo ofreció el brazo á aquella y Aí-

fonso á ésta. Ernesto que también se dirigía presuroso á la rubia, al ver que Guillermo se le había adelantado, detúvose hosco y mohino.

Ernesto era un jóven abogado de no mala presencia y de regular talento.

Había heredado de sus padres un capital que algunos ponderaban mucho, mientras que otros consideraban menos que mediano.

Este decía que tenía fuertes depósitos en los Bancos; aquél, por el contrario, que numerosas deudas. El caso es que Ernesto Cortés gastaba lujo y esplendor y hallábase bien relacionado con la flor y nata de la sociedad zacatecana. La clientela del jóven abogado, bien por su carácter, por su inexperiencia, por falta de dedicación, ó bien porque los negocios hallábanse en su mayor parte en manos de abogados ya conocidos y acreditados hacía muchos años, eran pocos, y en lo general de escasa importancia. Ernesto era servicial y lisonjero con los ricos y los poderosos é indiferente ó altanero con los demás. Sabía la vida y milagros de todo el mundo, y era en extremo falso. El joven abogado contempló por algunos instantes á María Teresa asida del brazo de Guillermo hasta que vió que empezaron á bailar; entonces, inflando

los carrillos, arrojó una bocanada de aire y salió á dar vueltas en el corredor, tarareando, quizá por despecho, una canción popular.

—También de rabia se canta, dijo un jovencito pizpireta á otro que estaba cerca de él, contemplando á las numerosas parejas entregadas á los encantos del baile.

—¿Lo dices por el abogado?

—Sí, ¿no viste qué muecas hizo porque Guillermo le dejó con un palmo de narices?

—Aquí no valen códigos.

—Se me hace que este truhán corre desalado tras la fortuna del viejo.

—Y mata dos pájaros con una piedra, porque la rubia está guapa.

—¡Divina!

—Pero en resolución; el abogado, ¿tiene dinero ó no tiene?

—A mí me parece que no tiene gran cosa.

—Pero vive espléndidamente, ¿de dón de saca dinero?

—Es un misterio.

—Mira, mira, dijo otro: hay que vivir para ver.

—¿Por qué?

—Guillermo en casa de Sifuentes. La víctima en casa del verdugo.

—¿Lo dices por aquel pleito? Todo lo borra el amor.

—Es decir que.....

—Sí, el joven arruinado por Don Antonio es pretendiente de María Teresa.

—Puede ser que quiera restituir sin que la sociedad se dé cuenta de ello, permitiendo y aún procurando el matrimonio de María Teresa con Guillermo.

La emoción de Guillermo anudaba su garganta; María Teresa, que hacía tiempo había leído en los ojos del joven el amor que le profesaba, turbóse también; deseaba y á la vez temía que se rompiera aquel silencio. Guillermo no le era indiferente, y tanto por ésto, como por satisfacción de su amor propio, debían sonar muy gratas en sus oídos las amorosas frases de su pretendiente; pero, por otra parte, las aspiraciones de la seductora rubia eran muy altas y no las llenaba todas el amante joven.

—Señorita, dijo al fin Guillermo, con trémula y dulce voz: ¿Me dá usted permiso para hacerle una íntima confidencia?

—Soy mala, muy mala, para guardar secretos.

—Usted en nada puede ser mala.

—Y, ¿por qué ese empeño en confiar

un secreto á una mujer, á quien por primera vez habla usted?

—No, no, dijo Guillermo dominado por la más honda impresión, no es la primera vez que hablo con usted.

—¿Cómo no!, jamás hemos conversado, señor Fernández.

—Mi boca nunca le ha hablado, pero mis ojos, exclamó el joven con apasionado acento, le han dicho, muchas veces que la quiero, que la amo con todo mi corazón.

María Teresa, que estaba segura de lo que su pretendiente iba á decirle, no levantó los ojos; pero sintió que aquellas dulces palabras vibraban dentro de su pecho.

En aquel instante terminó la pieza. Guillermo condujo á su compañera hasta el más próximo asiento. Con voz apenas perceptible, díjole: ¡Gracias! María Teresa fijó en el rostro de Guillermo una intensa mirada que electrizó á éste. Aunque la rubia no desplegó los labios, el corazón había contestado ya.

—Primera pieza y primera conquista, dijo Lola á María Teresa, palmeándole zalamera una rodilla.

—Nada me ha dicho.

—Me engañas, observé bien los semblantes de ambos.

—¡Maliciosa! Galanterías y nada más.
—Si tu pretendiente habla con los ojos. Y ¡qué hermosos los tiene!
—¿Verdad que sí? Y tú, ¿con quién bailaste?

—Con Pimpollo.

—Y ¿quién es Pimpollo?

—Aquel jovencillo finchadito y zangandungo que viste correctamente y anda siempre perfumado.

—¿Por qué le dicen Pimpollo?

—Su nombre de pila es José, pero un día, ocurriósele á uno de los traviosos jóvenes que se reúnen en la peluquería del Fénix, decirle á sus colegas, que casi siempre están de guasa: presento á ustedes, á mi excelso amigo Pimpollo, y aquel día fué el del solemne bautizo de Pepe: Pimpollo fué para todo el mundo, y Pimpollo ha seguido siendo, y con el nombre de Pimpollo le llamarán á cuentas el día del juicio final.

—Mira á la rubia sonriéndose ya con Guillermo, dijo Concha á su vecina. Por una casquivana perdimos todas.

—Y ¡qué guapo es él!

—Y ¡qué presuntuosa es ella!

—La reforma monetaria, decía Don Antonio á un colega suyo barbicano y algo más que semicalvo, es un pavoroso problema, la resolución del cual se impo-

ne á la nación. El señor Limantour, nuestro hábil Ministro de Hacienda, dá sobradas garantías para confiar en el buen éxito de tal reforma; no obstante, los naturales temores de cambio tan trascendental, lejos de desaparecer, aumentan cada día.

—Las opiniones están divididas, para mí es este asunto tan complejo, que no he podido comprenderlo y he acabado por no estudiarlo.

—Es un jardín el salón, pero entre todas descuella la hija de usted. Está primorosa, y cuánto resalta su belleza con ese traje rojo, decía á Doña Carmen una jamona respetable por su gordura. ¡Ah! si yo tuviera la airosa esbeltez de su hija!

Doña Carmen contestó sólo con una sonrisa; estaba aielada contemplando á la rubia de su alma.

Guillermo no bailó la segunda pieza, necesitaba respirar libremente, y salió al corredor. Cuando se acercó á la puerta del salón pará bailar la tercera, Ernesto daba el brazo á María Teresa. Guillermo conformóse con ver de lejos á su amada, quien de vez en cuando, por sobre el hombro del abogado, dirigía á aquel amorosas miradas.

—Nunca, dijo Ernesto á María Teresa. me he sentido tan feliz como ahora. No

puede usted imaginar el anhelo, el frenesí con que esperaba esta noche. Desde que Alfonso bondadosamente me invitó, no he pensado más que en el dichoso instante de encontrarme cerca de usted para contarle mis ilusiones, mis esperanzas, para abrirle con lealtad mi corazón.

—Bien se conoce que es usted abogado, dijo la jóven riendo de buena gana, me ha dirigido un alegato en toda forma.

—Sí, María Teresa porque la amo: es usted mi único pensamiento, mi felicidad única, y estoy dispuesto á dar á usted todas las pruebas que de mi amor exija.

—Vamos, Ernesto, conversemos como buenos amigos, pues no pienso aún en tener novio.

Ernesto suspiró y puso una cara tan compungida, que María Teresa, si su educación se lo hubiera permitido, habría-se reído á grandes carcajadas. Cosa singular, pensó la jóven, las frases de este abogado suenan á mi oído muy distintas de las de Guillermo. ¿Por qué no percibo el aroma de esta alma como percibo el de aquella? ¡Dios mío, si le amaré!

El Lic. Cortés después de su declaración exabrupto se moderó un tanto; pero no dejó de hablar: deshízose en elogios para Don Antonio, Doña Carmen y Al-

fonso, y de vez en cuando dirigía frases galantes á su compañera. Cuando sonaban los últimos compases del "two step" dijo á María Teresa con solemnidad:

—Piense vd. en lo que le he dicho: Una palabra suya é inmediatamente solicitaré la mano de vd. Espero la respuesta. María Teresa nada contestó y volvió á sentarse junto á Lola.

—Cero y van dos, díjole ésta. Y Ernesto parece más atrevido que el otro. ¿Qué te dijo?

—Tonterías.

—¿Que eres hermosa?

—Sí.

—Dijo la verdad.

—¿Y que te amaba?

—Sí.

—Mintió, el que te ama es el otro.

—¿Qué dices?

—Que soy perspicaz. Al Lic. Cortés le gustarás mucho, porque, sin lisonja, eres bonita; pero me parece que el corazón del abogado está marchito.

—¿Marchito?

—Mejor dicho endurecido.

—¿Endurecido?

—Sí, por la codicia.

—¿Qué cosas tienes! ¿Y Pimpolló te ha dicho algo?

—Ha zumbado como un abejón junto

á mi oído toda la noche; pero sólo galanteándome. Ese hombre no habla claro.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Le he dejado zumbar cuanto ha querido. Al fin me gustan las galanterías, aunque sea Pimpollo quien me las diga.

No pudo Guillermo volver á bailar con María Teresa, pues los jóvenes como mariposas al rededor de la luz, revoloteaban al rededor de la hermosa rubia. Habíase obsequiado á la concurrencia con licores y pasteles; en aquellos momentos servían "champagne." Guillermo cortemente se ofreció á ser uno de los escanciadores, y con la charola en la mano y el espumoso líquido acabado de servir, se acercó á obsequiar á María Teresa y á Lola.

—Tomaremos con mucho gusto si vd. nos acompaña, dijo Lola codeando suavemente á María Teresa y guiñando á Guillermo graciosamente el ojo derecho.

—¡Oh, sí; es un honor para mí!

Guillermo dió sendas copas á las jóvenes, tomó la suya é hizo ademán de chocarla contra las de ellas.

—Pero, vamos, repuso Lola deteniéndole con un ademán: un brindis por María Teresa.

Esta dirigió á su amiga una mirada de

reprensión; como diciéndole: no le comprometas.

—Bien, señoritas, á la salud de ustedes.

—No, no; eso lo dicen todos, y yo quiero para María Teresa algo que no diga nadie. Y antes que se extinga la blanca espuma del "champagne" piensen ustedes en una misma cosa, pues infaliblemente se realizará.

El Lic. Cortés se había acercado y seguía el diálogo con marcado interés.

Guillermo no sabía qué hacer. Pensó que María Teresa había ya confiado á su amiga cuanto él le había dicho y una expresiva mirada de aquélla le decidió.

—Brindo, le dijo muy quedo, porque se fundan en una nuestras almas, y apuró la copa, María Teresa maquinalmente bebió la suya y bajó los ojos ruborizada.

Ernesto se había acercado tanto que oyó las últimas palabras de Guillermo, y un relámpago de ira brilló en sus ojos.

Lola, que todo lo había observado, tomó de la mano á su amiga y le dijo:

—Vamos al tocador.

Después de varias piezas el Sr. Sifuentes instó á la concurrencia para que pasara al comedor, henchido de luz, donde sobre niveos manteles y entre ramos de varias flores, los "sandwichs," pasteles y

dulces, incitaban el apetito de los invitados.

Guillermo, que acababa de bailar una danza con Lupe, la condujo al comedor.

—Trabajo me costó, le dijo, bailar con vd. ahora: los jóvenes á porfia disputan- se el honor de que sea vd. su compañera.

—Yo le hubiera reservado algunas piezas si oportunamente las hubiera solicitado; pero dejemos esto, y dígame: ¿cómo sigue la conquista? Acerté ¿es verdad?

—No lo sé, y esta duda me atormenta.

—Tenga vd. confianza, Guillermo. María Teresa está vencida.

—¿Le parece á vd?

—Estoy segura de ello.

—Y Alfonso ¿le dijo á vd. algo?

—Sí.

—Y ¿qué le contestó vd?

—Que no.

—Lupe, es muy extraño lo que me sucede. Alfonso es mi amigo y no me ha gustado que le declare su amor.

—De verdad es extraño. ¿Y si me lo hubiera declarado otro?

—Tampoco me hubiera agradado.

—Entonces desea vd. que nadie me quiera.

—Deseo que todo el mundo la quiera; pero con cierto límite, es decir, menos

que yo. Conozco que este anhelo es egoísmo de mi fraternal cariño, mas es cosa de mi carácter.

Lupe miró á Guillermo con ternura, comprendió la sinceridad de sus palabras y el horrible torcedor de los celos desgarró despiadado aquel amante corazón; pero se había resignado á todo; era ya fuerte contra la adversidad y repuso con dulzura.

—De verdad los hombres son muy egoístas, lo quieren todo para ellos, y nada, absolutamente nada para nosotras.

—Dices muy bien, exclamó María Teresa acercándose á Lupe y rodeándole cariñosamente la cintura con su bien torneado brazo.

—Nosotros, dijo Alfonso, no somos egoístas sino con la mujer amada. Queremos para nosotros todo su afecto, su ternura toda.

—¿Qué sabes tú, tontuelo, de las cosas nuestras! replicó María Teresa golpeando suavemente la cabeza de su hermano con el extremo del elegante abanico.

En aquel instante tocaron un vals.

—A bailar, exclamó Alfonso ofreciendo el brazo á Lupe; Guillermo dió el suyo á María Teresa, siguiéndolos numerosas parejas; al salir del comedor vió

Guillermo dos chispeantes ojos, que como los de un felino brillaban en la obscuridad. Eran los del Lic. Cortés. Guillermo comprendió que tenía en él el más terrible enemigo.

Poco después de la media noche terminó la alegre fiesta que dejó profundas y diversas impresiones en los concurrentes, y en la cual empiezan á proyectarse los acontecimientos que forman esta historia.

IV

El día siguiente fué domingo, el almacén donde trabajaba Guillermo no se abrió, pero éste estuvo un rato en el despacho con el objeto de contestar algunas cartas que urgía salieran para los Estados Unidos á la mayor brevedad. Terminada la correspondencia, oyó que llamaban tocando suavemente con los dedos los cristales de la entornada vidriera. Levantó la cabeza y vió á Alfonso.

—Adelante, madrugador, le dijo. ¿Al siguiente día de un baile sales á la calle á las once de la mañana cuando ordinariamente dejas el lecho á mediodía?

—Desperté á las nueve y ya no pude

conciliar el sueño; creo que si dormí algunas horas fué debido al "cognac y champagne" que anoche tomé en abundancia. No pude desayunarme, pasé por aquí, te ví y quise invitarte para que vayamos al "Paraíso Terrestre" á tomar un aperitivo y charlar un rato. Estoy tan impresionado que necesito desahogarme.

—Espérame, pero te advierto que sólo pocos minutos estaré contigo, pues voy á comer en casa de Lupe.

—Chico, ¿quién fuera tú! Estoy enamorado, perdidamente enamorado de ese ángel.

—No lo creo.

—Te lo juro.

—Dispensa mi franqueza; tu corazón está muy gastado, para que se deje subyugar por un grande y noble afecto.

—He sido calaverón, no lo niego; pero precisamente nosotros, los calaveras, conocemos mejor que nadie á las mujeres de mérito. Comenzamos por admirarlas y acabamos por quererlas. Creo que cambiaría completamente de vida si me casara con Lupe.

—Sólo por verte dedicado al trabajo y al cumplimiento de tus deberes, te deseo buen éxito en la empresa.

Mientras los dos amigos conversaban, Guillermo, que acababa de arreglar algu-

nos documentos, tomólos, y se dirigió hacia la caja de fierro, que estaba en el lado opuesto al del escritorio. Alfonso cogióse familiarmente del brazo de Guillermo y le acompañó. Este hizo girar de derecha á izquierda por tres veces el botón del resorte de la caja, deteniéndose un momento en cada vuelta al llegar á determinados números, debajo de una rayita colocada en el centro superior de la circunferencia del círculo de metal que rodeaba el botón. Alfonso maquinalmente se fijó en estos movimientos y avergonzóse de haber aprendido el secreto de la caja. Iba á hablar para decírselo á su amigo, pero contúvose, quizá persuadido de que éste no le había observado. Guillermo alzó los documentos, cerró la caja, púsose el sombrero y dijo á su amigo:

—Estoy á tus órdenes.

Minutos después los dos jóvenes entraban á la elegante cantina francesa de la esquina de las calles de Zapateros y Merced Nueva, cantina concurridísima los días de fiesta, desde las once de la mañana hasta después de medio día.

—Hélos aquí, gritaron varias voces á la vez.

—En hablando del Rey de Roma....

—¿De qué la toman vds?...

—¡Pícaros! Anoche se adueñaron de

las dos más guapas señoritas de Zacatecas, dijo Pimpollo levantando el índice de la diestra é irguiéndose en académica actitud.

—Ven acá, Alfonso, cuéntame ¿qué tal estuvo el baile? Aunque no me invitaste, no te guardo resentimiento ninguno. ¿Es verdad que eres ya novio de Lupe Figueroa?

—Ojalá.

—No lo niegues, chico, no lo niegues. Te felicito. Es una hermosura.

Alfonso, Guillermo, Pimpollo y Perico, el mozalvete que acababa de interpelar á Alfonso, y que habíanle trocado el nombre de Pedro por el de Perico, sentáronse al rededor de una mesita de mármol.

Era Perico escribiente de un juzgado municipal, juez en ausencia, y frecuentemente hasta en presencia del propietario, á quien su subalterno había completamente dominado, dominio que el anciano juez encontraba agradable por la holgura en que le dejaba. Perico ganaba sólo cuarenta pesos, pero gorrón pertinaz é incorregible, sabía como pocos aprovecharse de la prodigalidad de otros, y además, en el juzgado municipal acechaba diligente la propicia ocasión de explotar á los litigantes.

—¿Qué toman vds?, preguntó Alfonso.

—Cerveza, contestó Guillermo.

—¿Y tú, Pimpollo?

—“Brandy-cocktail.”

—Yo tomo “cognac,” dijo Perico.

—Cerveza, “brandy-cocktail,” “cognac” y ajeno cargadito y con poco jarabe, dijo Alfonso al cantinero.

Otro grupo de jóvenes jugaba dominó en la mesa contigua, y muchos parroquianos, en pie unos, otros recargados contra el mostrador, jugando la copa á los dados, hablaban, reían y con frecuencia libaban sendas copas.

—Salud, dijo Alfonso levantando la copa y chocándola contra la de sus amigos.

—Salud y pesetas, contestó Perico, y apuró de un trago el “cognac,” y aun sacudió la copa para que en ella no quedase ninguna gota.

—¡Qué rico está! exclamó entre regueldos.

—Vamos, Pimpollo, dijo Alfonso, cuéntanos, ¿qué tal va la conquista? Ya rinde al poder de tu elocuencia esa Lola, que, en honor de la verdad, vale un potosi?

—Lolita me quiere, me adora; pero delante de mí esfuézase por disimular su pasión,

—¿Quizá tu cuñada y suegro futuros te hagan guerra sin cuartel.

—¡Cabal! Y tal es la causa porque la pobrecita de Lola no me dice á gritos que me quiere; pero en todo se le conoce que me adora. El otro día me dijo compungida y casi llorando: Pimpollo, Pimpollito de mi alma. ¡Qué tonto eres!

—Y dijo la verdad.

—Pero esa palabra tonto, dicha con la expresión y la ternura que ella la dijo, equivalió á la más fina galantería. Y luego aquella frase: Pimpollito de mi alma. Es decir, del alma de Lola, lo que hay de más grande y noble sobre el haz de la tierra. Ya no se pide más.

—Primero sacas un ojo á tu suegro que te dé la mano de su hija.

—Llévese el diablo al suegro, á la suegra, á la cuñada y á toda su parentela habida y por haber, que yo con mi Lola tengo, me basta y aun me sobra hasta rebosar y derramarse la medida de mi felicidad.

—Bien, bien, pues por los suegros, quiero decir, por Lola, otra copa, gritó Perico golpeando la mesa.

El cantinero le miró pero no se movió.

—Otra copa, volvió á gritar Perico.

—¿Quién las pide? preguntó hosco el cantinero.

—Sirvalas vd., dijo imperiosamente Alfonso.

—¿Toman vds. lo mismo? preguntó en el acto el cantinero con mucha amabilidad.

—Sí.

—Sirva usted solamente tres, dijo Guillermo, aún tengo aquí parte de la anterior para acompañar á los señores.

—Por Lupe, exclamó Alfonso, por ese ángel á quien jamás podré olvidar.

Perico volvió á beber con el mismo furioso ímpetu, y apuradas las copas se levantó Guillermo.

—Dejo á vds., les dijo.

—Falta aún la copa que yo ofrezco, repuso Pimpollo.

—No puedo detenerme, agradezco mucho el obsequio. Esto diciendo tendió la mano á Alfonso, y viendo que Pimpollo y Perico á dúo y con vehemente instancia le invitaban á tomar otra copa, salió por entre los concurrentes diciendo desde lejos á sus amigos:

—Hasta la vista.

—Se fué el truhán, exclamó Pimpollo.

—Mejor que mejor, murmuró Perico; estas reuniones no son para maricas, sino para hombres como nosotros. Guillermo tiene vocación de cartujo.

—Es cosa de su carácter, repuso Alfon-

so. Por eso no le insté, le conozco bien.

Al salir Guillermo del "Paraiso Terrestre" entraba el Lic. Cortés. Los jóvenes se miraron un momento y volvieron el rostro sin saludarse.

Ernesto fué recibido por los parroquianos con grande algazara.

—¿Cómo estás, ilustre abogado?

—Sirvanle una copa á Ernesto.

El abogado saludó afectuosamente, tomó una cerveza, y poco después, al divisar á Alfonso, se dirigió hacia él.

—Mi buen amigo, díjole zalamero, estrechando con efusión la mano del joven. Pimpollo, Perico, ¿cómo están vds.?

—Bien venido seas, contestó Alfonso. Que te sirvan una copa.

—Acabo de tomar.

—No importa, repites.

—Sí, otra copa, otra copa, gritó Perico, cuyos brillantes ojos delataban el primer período de la embriaguez.

—Repítanos las copas, dijo Alfonso al cantinero, golpeando con fuerza el mostrador, que estaba al alcance de su mano, pues la general algarabía gradualmente aumentaba, como si un diablillo locuaz moviera la lengua de todos.

—¿No has leído "El Zacatecano?" Habla de la tertulia de anoche, dijo Ernesto.

—¿Qué dice?

—Aquí lo traigo.

—¡Veamos, veamos!

—Que lea el abogado.

—Oigan vdes, "Aristocrática tertulia."

—La noche de ayer tuvo lugar en la casa del honorable banquero Don Antonio Sifuentes, una animada tertulia que duró hasta poco más de la media noche. Asistieron á ella las más distinguidas familias de nuestra sociedad y los más notables caballeros de la banca, de la minería y del comercio. Recordamos entre las jóvenes á las hermosas señoritas María Teresa Sifuentes y Lupe Figueroa, que rivalizaban en gracia y belleza; aquella, vestida de rojo, parecía el sol circuido de arboles, y ésta, de blanco, semejaba la casta luna iluminando la noche de la vida. La simpática Lolita Jiménez, airosa y festiva, como siempre, y su hermana Concha espiritual y atractiva; Mercedes y Anita Minjares, encantadoras, y tantas otras que nos sería imposible mencionar. Entre los jóvenes recordamos á Alfonso Sifuentes, hijo del rico banquero, al Lic. Cortés abogado de gran porvenir, á Guillermo Fernández, al festivo "Pimpollo," etcétera, etcétera. La familia del Sr. Sifuentes y el mismo Don Antonio con la finura que les caracteriza, hicieron los honores de la casa de

una manera irrepachable. El menú fué espléndido y hubo verdadero derroche de exquisitos caldos, abundando el "champagne". La música del señor Antonio de la Rosa tocó las mejores piezas de su repertorio. La típica del inteligente profesor zacatecano cada día se acredita más por su dedicación al estudio. Fiestas como la que se verificó en la casa del honorable Sr. Sifuentes se necesitan en Zacatecas, y ojalá que las tengamos con más frecuencia. Enviamos nuestras entusiastas felicitaciones al inteligente banquero, pues la tertulia que dió á sus amistades ha dejado muchos gratos recuerdos en la buena sociedad zacatecana y todos elogian la esplendidez y finura de los anfitriones."

—Revistilla campanuda, repetida "mutatis mutandis," por la millonésima vez en la prensa, dijo Alfonso.

—Mira, dijo Pimpollo, fijándose en un párrafo de gacetilla de "El Zacatecano" y leyó á sus amigos: "La nota sobresaliente de la velada ordinaria que dió anoche la sociedad Científico-Artístico-Literaria, en nuestro gran Teatro Calderón, fué la Plegaria de "Tosca" cantada por la hermosa "dilletanti," Srita. Toña Flores. La linda Toñita rayó en lo sublime, y la selecta concurrencia aplaudió con frenesí,

á la que una vez más ha manifestado su gran alma de artista."

—¡Qué barbaridad! exclamó Alfonso, Toña estaba en la tertulia.

—No saben vds. dijo Perico, que los periódicos escriben hoy los sucesos de mañana. Eso lo he visto yo todos los días. Creanse vds. de periodistas; mienten con un descaro. Allí está como prueba de ello el concurso de belleza abierto por "El Trabuco:" Lola Jiménez ocupa el primer lugar y María Teresa Sifuentes y Lupe Figueroa el séptimo y el undécimo, respectivamente.

—Protesto, gritó Alfonso. Son unos bárbaros.

—Yo también protesto, dijo el Lic. Cortés, tu hermana debe ocupar el primer lugar.

—No, el primero corresponde á Lupe.

—Eh, poco á poco, dijo Pimpollo, tendiendo las manos en actitud conciliadora; Lolita de hecho y de derecho está en el primer lugar, y para ello he puesto mi poderoso contingente, pues compré los trescientos veintinueve ejemplares que quedaban de la edición, y me solté echando firmas á diestra y siniestra, é inventando nombres como el más osado embustero que haya podido existir desde que el mundo es mundo.

—Entonces la paz está hecha: Pimpollo, dijo Ernesto tendiéndole la mano; eres un pretendiente extraordinariamente cándido, pues galanteas á Lolita con las lenguas de los que existen y aun de los que nunca han existido.

—"La Voz de Zacatecas," gritó en esos momentos en una de las puertas de la cantina un voceador de periódicos.

—¿También "La Voz" hablará de la tertulia? dijo Alfonso.

—¡Horror! exclamó Perico empujando al voceador que le metía el periódico por la cara. Vete, no compramos ese papel.

—¡Ah! es "La Voz," dijo Ernesto.

—Que traerá, murmuró Perico, una filípica contra los padres escandalosos que permiten bailar á sus hijas; toda una plática doctrinal, sin ninguna unción y rebovente de bilis, entre indigestos latinajos que no entiende el mismo que los copió de libros amarillentos y apolillados, por las injurias del tiempo; traerá también una lista de los santos Padres, desde Tertuliano hasta San Bernardo. Quitá allá, muchacho, quita allá esa polilla.

Al oír á Perico algunos de los muchos concurrentes, se rieron á grandes carcajadas, otros se quedaron serios y aun alguno que otro frunció el entrecejo; pero todos pidieron otra copa.

—Un dominó, gritó Ernesto, jugaremos las copas.

Perico vació la caja de las fichas sobre la marmórea mesa, agitólas con la palma de la estendida diestra, y tomó las que le correspondían. Jugáronse varios partidos y Alfonso y Ernesto los perdieron todos.

—Es muy tarde, dijo Perico, jugaremos el almuerzo é iremos á comer al "Hotel Zacatecano."

—Dices bien, repuso Alfonso.

Jugaron el almuerzo y después el vino para la comida y Ernesto perdió ambos partidos.

La concurrencia había ya disminuido considerablemente, sólo quedaban diseminados, aquí y allá, algunos bebedores empedernidos. Su gozo habíase trocado en melancolía, su verbosidad en taciturno silencio; comenzaba el alcohol á cobrar el precio de la falsa alegría de algunos minutos. Los cuatro jóvenes pusieronse en pie, Alfonso arrojó sobre el mostrador un billete de cincuenta pesos diciendo al cantinero que cobrara todo lo que habían pedido, y salieron luego de la cantina. Todos, menos Ernesto, habían tomado bastante; pero la acción del alcohol había sido más eficaz contra Perico, cuyo paso empezaba á ser vacilante. Asíóse del bra-

zo de Pimpollo, Alfonso del de Ernesto y se dirigieron al Hotel Zacatecano.

La comida fué suculenta, pues á los platillos ordinarios agregáronse algunos especiales pedidos por Alfonso: la alegría, la expansión y la confianza fueron la mejor salsa. Pimpollo estuvo graciocísimo: disertó sobre el amoroso culto que tributaba á su Lola, volvió á anatematizar con enérgicas frases á su cuñada y suegros. Perico habló muy poco; pero comió mucho y bebió como ninguno; Alfonso y Ernesto estrecharon una amistad que hasta entonces no había tenido los honores de la intimidad.

Concluido que hubieron la comida, Ernesto invitó á sus amigos á la Alameda que debía de estar muy concurrida por ser día de fiesta, y hallábase ávido de contemplar la hermosura que le tenía cautivo entre las blandas prisiones de sus encantos.

La movible silueta de Lola dibujóse al punto en la imaginación de Pimpollo.

—Te acompaño, exclamó, allí ha de estar mi idolatrada Lola.

Perico paróse con dificultad, dió un paso y avanzó tambaleándose, y hubiera caído de bruces, á no sostenerle oportunamente el vigoroso brazo de Ernesto.

—Tú, le dijo éste, duenne un rato.

—Y yo también, repuso Alfonso.

Ernesto fijó una observadora mirada en Alfonso, quien se había puesto en pie: el rostro del joven estaba encendido, hinchados los párpados, vidriosos los ojos, precipitado el aliento.

—Da unos pasos, añadió Ernesto.

El paso de Alfonso, aunque no tan ágil y regular como de costumbre, era aún seguro.

—Es mejor que también duermas, al menos una hora, allá te esperamos. Y tú, Pimpollo, agregó dirigiéndose á éste, ¿cómo estás?

Pimpollo, por única respuesta, dió un salto y un berrido y colocóse junto á Ernesto, como cabrito junto á la cabra madre.

—Estás bien, y con un poco de aire y de ejercicio estarás mejor. Vámonos, y dirigiéndose al mozo, díjole:

—Un cuarto para los señores.

V

Muy concurrida estaba la Alameda: las sillas de alquiler que ordinariamente lleva al paseo una empresa particular, porque no bastaban los bancos de fierro, con

asiento de madera, colocados á uno y otro lado de las banquetas, hállanse en su totalidad ocupados.

En el paseo vespertino de los domingos, generalmente, véanse en la alameda muy pocos coches. No es la ciudad de Zacatecas para vehículos de ninguna clase; la irregularidad del piso la angostura de la mayor parte de las calles y el declive, más ó menos pendiente de muchas de ellas, formadas en las faldas de las colinas, inutilizan el uso de las elegantes carretelas, que adornan los paseos públicos en otras ciudades de la República y aumentan el movimiento y el lujo. Hay pocos coches de familias acomodadas y éstas prefieren ir á pie á los paseos.

La tarde está hermosa: al través del espléndido follaje de los árboles que forman anchas calles, resplandece el limpio cielo; los rosales se inclinan cargados de flores; las fuentes, en artísticos juegos de agua, arrojan en alto el líquido en cristallinos hilos, que en la cumbre se deshacen en lluvia de brillantes gotas iluminadas por los rayos del sol poniente. El aire refrescado por la humedad del recién regado suelo, esparce el suave olor de la tierra mojada, y el murmullo de la festiva multitud, apagado unas veces, tumultuoso otras, vibra en las aéreas on-